



Ana María Janer

una publicación que impulsa la actualización y profundización
en el Carisma Janeriano y su servicio a la Iglesia y a los hermanos

*158 años de seguimiento de Jesús, cruzando
fronteras al servicio de los hermanos*



*Siguiendo las huellas de una mujer apasionada por Jesús,
entregada a los hermanos,
especialmente de los más desvalidos.*

Índice

Primera Parte

Punto de *partida* 4

Mensaje del Papa Francisco para la I Jornada Mundial de los
pobres y *algunas pautas de reflexión* 7

Segunda Parte

El testimonio y la vida que nos anima a lo largo de la historia.
Historias, voces
y pinceladas pastorales 15

A modo de presentación

Finalizada la beatificación de la madre Ana María Janer se consultó al Cardenal Ángel Amato, *Prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos*, sobre el camino a seguir hasta la canonización de nuestra querida Madre.

Además de requerirse un milagro, señaló el acento más importante para que un beato sea proclamado santo: el impacto que su vida y carisma tiene en la vida de las personas, la vivencia y el compromiso con ese aspecto del Rostro del Señor Jesús que la distinguió y, del mismo modo, todos los recursos necesarios para profundizar, difundir y comprometerse con la riqueza de su carisma que es un don para la Iglesia.

Esta es la finalidad de los diversos materiales que se irán poniendo a disposición de las comunidades, obras y misiones: transmitir un carisma vivo que es presencia del Dios vivo y opción de seguimiento.

Primera Parte

Punto de partida

Hacer memoria de nuestra fundación es renovar un don precioso de Caridad. Es comprender que no sólo se nos ha confiado una vocación personal a la cual deseamos ser fieles sino que se nos invita a un compromiso mucho mayor: una llamada que se entreteje con otras llamadas: una responsabilidad comunitaria en el seguimiento y en la CARIDAD: ser “pastores con olor a oveja.” Juntos, con la fuerza que da ser discípulos misioneros en comunión.

En la persona de Ana María Janer, mujer fuerte, valiente, COMUNITARIA, que no tuvo miedo de arriesgarlo todo por seguir a Jesús en un tiempo difícil y lleno de grietas, descubrimos un modo de ser y de actuar.

Una mujer que en primer lugar custodia a sus hermanas: éstas, con las que vive una caridad sin fronteras. No elige un camino individual, sino compartido. Y esta opción llega a cuestionársela de tal forma que decide en su corazón que, *saldrá a pedir de puerta en puerta antes que una de las hermanas, sus hermanas, sufra cualquier necesidad.*

Cada carisma tiene una pincelada diferente de Dios. Es un color particular, es una luz única.

El Señor nos ha regalado un trazo bellísimo y único de su Rostro. Porque un carisma es esto: una experiencia concreta del Rostro Salvador del Señor. Una experiencia concreta de su misericordia. Un don único e irrepetible para ser entregado.

Él ha puesto en nuestras manos un aceite precioso para curar, para llevar misericordia; no la propia compasión o la natural inclinación a hacer el bien a quién sufre. Sino la misma misericordia de Dios que rompe fronteras, que acoge, que incluye. Que es capaz de superar todo tipo de limitación personal para llegar al necesitado. La misericordia es un compromiso difícil y decide la vida.

No podemos ignorar que estamos en un tiempo de encrucijadas, donde muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo son dejados en la cuneta de la historia, olvidados. No tienen rostro ni pertenencia. Y estos no son sólo los pobres.

Muchas veces este mecanismo mundano puede colarse en nuestras comunidades y acciones pastorales. Hay que tener los ojos muy abiertos para contemplar y una capacidad muy desarrollada para escuchar donde hay exclusión y la dignidad no es respetada ni alentada.

Con la misma CARIDAD de Ana María, tenemos que abrir puertas y buscar el camino. No importa si es escarpado, si hay que trepar, saltar o cruzar mares a nado. Lo importante es llegar hasta donde se encuentra el hermano que sufre, llegar hasta donde está el mismo Jesús herido y roto que clama misericordia. Contemplar de forma personal su rostro, no actuar con fórmulas o legalidades, sino desde el corazón desconcertante e ilógico del AMOR DE DIOS.

Hoy más que nunca, en una cultura superficial, paradójicamente conectada-desconectada y ausente, acostumbrada a las muertes cotidianas; en una cultura del descarte, en donde los vínculos son efímeros, con poca responsabilidad comunitaria y social, nosotros que formamos una comunidad de hermanas y hermanos en la fraternidad forjada por Ana María, queremos ponernos en camino, en SALIDA.

Nos dice Francisco: "Jesús espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente." *Amoris Letitia* 337

Por esto apostamos por SALIR. Queremos SALIR. Juntos construyendo esperanza y fraternidad.

SALIDA en comunidad. Una comunidad que ha hecho en primer lugar, un camino de acogida e inclusión, donde la diversidad enriquece, alegra y forma parte de un PROYECTO COMÚN; donde cada uno pone al servicio su capacidad, su experiencia, sus talentos, su forma de ver y comprender la realidad, su creatividad y su corazón.

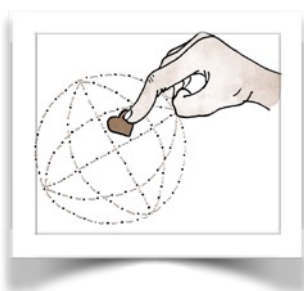
La comunidad es un lugar donde se forja la misericordia, porque "donde faltan espacios cálidos se retroalimenta el abandono. Porque vivir juntos es ampliar el nosotros humano y cristiano, desplazar fronteras, achicar espacios de marginalidad." "Otros mundos, otras vidas", Joaquín García Roca, *La exclusión y la pedagogía de la responsabilidad*, Universidad de Deusto, 2000.

LA COMUNIDAD, es nuestra primera pastoral, nuestra primera responsabilidad, donde se aprende la MISERICORDIA de Dios. "A veces nos cuesta mucho dar lugar al amor incondicional de Dios. Ponemos tantas condiciones a la misericordia que la vaciamos de sentido concreto y de significación real, y esa es la peor manera de licuar el Evangelio." A. L., 364

Francisco nos habla de la "espiritualidad del cuidado, del consuelo y del estímulo". La comunidad es el lugar privilegiado para que esto surja, crezca y se multiplique desde la acogida, la inclusión y el discernimiento compartido. No podemos permitir que en nuestras comunidades haya excluidos, no podemos tener la mentalidad del mundo. No hay caridad sin fronteras cuando no se han derribado las fronteras internas que no nos permiten vivir en plenitud. Un desafío. Un compromiso. Una esperanza posible.

SALIDA hacia el corazón del mundo. Un mundo roto, complejo. Un mundo por partes, que cada vez más desea desvincularse de los otros. Un mundo que anula la confianza y fomenta la sospecha hacia los hermanos distintos por raza, cultura o religión. Un mundo donde hay sombras que nos escandalizan por su carga de inmisericordia, de indignidad y de desprecio. No podemos darle vuelta la cara a la realidad social y mundial que nos toca vivir y donde descubrimos nuestro "lugar teológico", desde donde Dios nos llama y a donde nos envía.

Cada uno es una misión, con sus dones, talentos, su forma de comprender la realidad. Y juntos, bajo el signo del envío y con la fuerza del carisma de Ana María nos convertimos en una "carta escrita en el corazón del otro de parte del Espíritu del Dios Vivo. (2 Co 3, 2-3). Cada uno es un "pescador de hombres" que, en el nombre de Jesús, "echa las redes" en los demás, estimulando lo mejor de ellos." A. L., 387



Celebrar es volver a la raíz de la Caridad que nos ha puesto en camino.

Celebrar es compromiso responsable con la comunidad.

Celebrar es fidelidad a lo recibido.

Celebrar es abrir puertas para abrazar un mundo desde la madurez de la entrega.

Celebrar es comprender que hemos recibido un don que nos excede y que, desde la suma de nuestros dones y talentos podemos ofrecer a tantos heridos, la esperanza de una misericordia que dignifica, que personaliza y que transforma.

María Constanza Mattera, sfu

Mensaje del Papa Francisco para la I Jornada Mundial de los pobres y algunas pautas para la reflexión

Al finalizar el año de la misericordia, el Papa Francisco instituyó la Jornada Mundial de los Pobres. La fecha de esta celebración será el próximo 19 de noviembre de 2017 bajo el lema "No amemos de palabra sino con obras". Es un gran aporte a nuestro compromiso janeriano. Con esta ocasión, el 13 de Junio el Santo Padre nos envió un mensaje que tiene los siguientes objetivos:

- 1-Estimular a los creyentes a reaccionar ante la cultura del descarte y del derroche.
- 2-Lograr que las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo del Amor preferencial de Cristo por los últimos.
- 3-Crear espacios de encuentro y de amistad.
- 4-Compromiso concreto de solidaridad y ayuda.

El papa no dirige este mensaje a los hombres y mujeres de buena voluntad en el servicio del bien, sino concretamente a los cristianos, a las comunidades de creyentes. Son nueve puntos que nos invitan a una seria reflexión comunitaria-pastoral.

A continuación presentamos el texto.

1. «Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras» (1 Jn 3,18). Estas palabras del apóstol Juan expresan un imperativo que ningún cristiano puede ignorar. La seriedad con la que el «discípulo amado» ha transmitido hasta nuestros días el mandamiento de Jesús se hace más intensa debido al contraste que percibe entre las palabras vacías presentes a menudo en nuestros labios y los hechos concretos con los que tenemos que enfrentarnos. El amor no admite excusas: el que quiere amar como Jesús amó, ha de hacer suyo su ejemplo; especialmente cuando se trata de amar a los pobres. Por otro lado, el modo de amar del Hijo de Dios lo conocemos bien, y Juan lo recuerda con claridad. Se basa en dos pilares: Dios nos amó primero (cf. 1 Jn 4,10.19); y nos amó dando todo, incluso su propia vida (cf. 1 Jn 3,16). Un amor así no puede quedar sin respuesta. Aunque se dio de manera unilateral, es decir, sin pedir nada a cambio, sin embargo inflama de tal manera el corazón que cualquier persona se siente impulsada a corresponder, a pesar de sus limitaciones y pecados. Y esto es

posible en la medida en que acogemos en nuestro corazón la gracia de Dios, su caridad misericordiosa, de tal manera que mueva nuestra voluntad e incluso nuestros afectos a amar a Dios mismo y al prójimo. Así, la misericordia que, por así decirlo, brota del corazón de la Trinidad puede llegar a mover nuestras vidas y generar compasión y obras de misericordia en favor de nuestros hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

2. «Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha» (Sal 34,7)

La Iglesia desde siempre ha comprendido la importancia de esa invocación. Está muy atestiguada ya desde las primeras páginas de los Hechos de los Apóstoles, donde Pedro pide que se elijan a siete hombres «llenos de espíritu y de sabiduría» (6,3) para que se encarguen de la asistencia a los pobres. Este es sin duda uno de los primeros signos con los que la comunidad cristiana se presentó en la escena del mundo: el servicio a los más pobres. Esto fue posible porque comprendió que la vida de los discípulos de Jesús se tenía que manifestar en una fraternidad y solidaridad que correspondiese a la enseñanza principal del Maestro, que proclamó a los pobres como bienaventurados y herederos del Reino de los cielos (cf. Mt 5,3).

«Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hch 2,45). Estas palabras muestran claramente la profunda preocupación de los primeros cristianos. El evangelista Lucas, el autor sagrado que más espacio ha dedicado a la misericordia, describe sin retórica la comunión de bienes en la primera comunidad. Con ello desea dirigirse a los creyentes de cualquier generación, y por lo tanto también a nosotros, para sostenernos en el testimonio y animarnos a actuar en favor de los más necesitados. El apóstol Santiago manifiesta esta misma enseñanza en su carta con igual convicción, utilizando palabras fuertes e incisivas: «Queridos hermanos, escuchad: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que le aman? Vosotros, en cambio, habéis afrentado al pobre. Y sin embargo, ¿no son los ricos los que os tratan con despotismo y los que os arrastran a los tribunales? [...] ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Es que esa fe lo podrá salvar? Supongamos que un hermano o una hermana andan sin ropa y faltos del alimento diario, y que uno de vosotros les dice: “Dios os ampare; abrigaos y llenaos el estómago”, y no les dais lo necesario para el cuerpo; ¿de qué sirve? Esto pasa con la fe: si no tiene obras, por sí sola está muerta» (2,5-6.14-17).

3. Ha habido ocasiones, sin embargo, en que los cristianos no han escuchado completamente este llamamiento, dejándose contaminar por la mentalidad mundana. Pero el Espíritu Santo no ha dejado de exhortarlos a

fijar la mirada en lo esencial. Ha suscitado, en efecto, hombres y mujeres que de muchas maneras han dado su vida en servicio de los pobres. Cuántas páginas de la historia, en estos dos mil años, han sido escritas por cristianos que con toda sencillez y humildad, y con el generoso ingenio de la caridad, han servido a sus hermanos más pobres. Entre ellos destaca el ejemplo de Francisco de Asís, al que han seguido muchos santos a lo largo de los siglos. Él no se conformó con abrazar y dar limosna a los leprosos, sino que decidió ir a Gubbio para estar con ellos. Él mismo vio en ese encuentro el punto de inflexión de su conversión: «Cuando vivía en el pecado me parecía algo muy amargo ver a los leprosos, y el mismo Señor me condujo entre ellos, y los traté con misericordia. Y alejándome de ellos, lo que me parecía amargo se me convirtió en dulzura del alma y del cuerpo» (Test 1-3; FF 110). Este testimonio muestra el poder transformador de la caridad y el estilo de vida de los cristianos.

No pensemos sólo en los pobres como los destinatarios de una buena obra de voluntariado para hacer una vez a la semana, y menos aún de gestos improvisados de buena voluntad para tranquilizar la conciencia. Estas experiencias, aunque son válidas y útiles para sensibilizarnos acerca de las necesidades de muchos hermanos y de las injusticias que a menudo las provocan, deberían introducirnos a un verdadero encuentro con los pobres y dar lugar a un compartir que se convierta en un estilo de vida. En efecto, la oración, el camino del discipulado y, la conversión encuentran en la caridad, que se transforma en compartir, la prueba de su autenticidad evangélica. Y esta forma de vida produce alegría y serenidad espiritual, porque se toca con la mano la carne de Cristo. Si realmente queremos encontrar a Cristo, es necesario que toquemos su cuerpo en el cuerpo llagado de los pobres, como confirmación de la comunión sacramental recibida en la Eucaristía. El Cuerpo de Cristo, partido en la sagrada liturgia, se deja encontrar por la caridad compartida en los rostros y en las personas de los hermanos y hermanas más débiles. Son siempre actuales las palabras del santo Obispo Crisóstomo: «Si queréis honrar el cuerpo de Cristo, no lo despreciéis cuando está desnudo; no honréis al Cristo eucarístico con ornamentos de seda, mientras que fuera del templo descuidáis a ese otro Cristo que sufre por frío y desnudez» (Hom. in Matthaëum, 50,3: PG 58).

Estamos llamados, por lo tanto, a tender la mano a los pobres, a encontrarlos, a mirarlos a los ojos, a abrazarlos, para hacerles sentir el calor del amor que rompe el círculo de soledad. Su mano extendida hacia nosotros es también una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor que tiene la pobreza en sí misma.

4. No olvidemos que para los discípulos de Cristo, la pobreza es ante todo vocación para seguir a Jesús pobre. Es un caminar detrás de él y con él, un

camino que lleva a la felicidad del reino de los cielos (cf. Mt 5,3; Lc 6,20). La pobreza significa un corazón humilde que sabe aceptar la propia condición de criatura limitada y pecadora para superar la tentación de omnipotencia, que nos engaña haciendo que nos creamos inmortales. La pobreza es una actitud del corazón que nos impide considerar el dinero, la carrera, el lujo como objetivo de vida y condición para la felicidad. Es la pobreza, más bien, la que crea las condiciones para que nos hagamos cargo libremente de nuestras responsabilidades personales y sociales, a pesar de nuestras limitaciones, confiando en la cercanía de Dios y sostenidos por su gracia. La pobreza, así entendida, es la medida que permite valorar el uso adecuado de los bienes materiales, y también vivir los vínculos y los afectos de modo generoso y desprendido (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 25-45).

Sigamos, pues, el ejemplo de san Francisco, testigo de la auténtica pobreza. Él, precisamente porque mantuvo los ojos fijos en Cristo, fue capaz de reconocerlo y servirlo en los pobres. Si deseamos ofrecer nuestra aportación efectiva al cambio de la historia, generando un desarrollo real, es necesario que escuchemos el grito de los pobres y nos comprometamos a sacarlos de su situación de marginación. Al mismo tiempo, a los pobres que viven en nuestras ciudades y en nuestras comunidades les recuerdo que no pierdan el sentido de la pobreza evangélica que llevan impresa en su vida.

5. Conocemos la gran dificultad que surge en el mundo contemporáneo para identificar de forma clara la pobreza. Sin embargo, nos desafía todos los días con sus muchas caras marcadas por el dolor, la marginación, la opresión, la violencia, la tortura y el encarcelamiento, la guerra, la privación de la libertad y de la dignidad, por la ignorancia y el analfabetismo, por la emergencia sanitaria y la falta de trabajo, el tráfico de personas y la esclavitud, el exilio y la miseria, y por la migración forzada. La pobreza tiene el rostro de mujeres, hombres y niños explotados por viles intereses, pisoteados por la lógica perversa del poder y el dinero. Qué lista inacabable y cruel nos resulta cuando consideramos la pobreza como fruto de la injusticia social, la miseria moral, la codicia de unos pocos y la indiferencia generalizada.

Hoy en día, desafortunadamente, mientras emerge cada vez más la riqueza descarada que se acumula en las manos de unos pocos privilegiados, con frecuencia acompañada de la ilegalidad y la explotación ofensiva de la dignidad humana, escandaliza la propagación de la pobreza en grandes sectores de la sociedad entera. Ante este escenario, no se puede permanecer inactivos, ni tampoco resignados. A la pobreza que inhibe el espíritu de iniciativa de muchos jóvenes, impidiéndoles encontrar un trabajo; a la pobreza que adormece el sentido de responsabilidad e induce a preferir

la delegación y la búsqueda de favoritismos; a la pobreza que envenena las fuentes de la participación y reduce los espacios de la profesionalidad, humillando de este modo el mérito de quien trabaja y produce; a todo esto se debe responder con una nueva visión de la vida y de la sociedad.

Todos estos pobres —como solía decir el beato Pablo VI— pertenecen a la Iglesia por «derecho evangélico» (Discurso en la apertura de la segunda sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II, 29 septiembre 1963) y obligan a la opción fundamental por ellos. Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.

6. Al final del Jubileo de la Misericordia quise ofrecer a la Iglesia la Jornada Mundial de los Pobres, para que en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados. Quisiera que, a las demás Jornadas mundiales establecidas por mis predecesores, que son ya una tradición en la vida de nuestras comunidades, se añada esta, que aporta un elemento delicadamente evangélico y que completa a todas en su conjunto, es decir, la predilección de Jesús por los pobres.

Invito a toda la Iglesia y a los hombres y mujeres de buena voluntad a mantener, en esta jornada, la mirada fija en quienes tienden sus manos clamando ayuda y pidiendo nuestra solidaridad. Son nuestros hermanos y hermanas, creados y amados por el Padre celestial. Esta Jornada tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes para que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro. Al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se dispongan a compartir con los pobres a través de cualquier acción de solidaridad, como signo concreto de fraternidad. Dios creó el cielo y la tierra para todos; son los hombres, por desgracia, quienes han levantado fronteras, muros y vallas, traicionando el don original destinado a la humanidad sin exclusión alguna.

7. Es mi deseo que las comunidades cristianas, en la semana anterior a la Jornada Mundial de los Pobres, que este año será el 19 de noviembre, Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario, se comprometan a organizar diversos momentos de encuentro y de amistad, de solidaridad y de ayuda concreta. Podrán invitar a los pobres y a los voluntarios a participar juntos en la Eucaristía de ese domingo, de tal modo que se manifieste con más autenticidad la celebración de la Solemnidad de Cristo Rey del universo, el

domingo siguiente. De hecho, la realeza de Cristo emerge con todo su significado más genuino en el Gólgota, cuando el Inocente clavado en la cruz, pobre, desnudo y privado de todo, encarna y revela la plenitud del amor de Dios. Su completo abandono al Padre expresa su pobreza total, a la vez que hace evidente el poder de este Amor, que lo resucita a nueva vida el día de Pascua.

En ese domingo, si en nuestro vecindario viven pobres que solicitan protección y ayuda, acerquémonos a ellos: será el momento propicio para encontrar al Dios que buscamos. De acuerdo con la enseñanza de la Escritura (cf. Gn 18, 3-5; Hb 13,2), sentémoslos a nuestra mesa como invitados de honor; podrán ser maestros que nos ayuden a vivir la fe de manera más coherente. Con su confianza y disposición a dejarse ayudar, nos muestran de modo sobrio, y con frecuencia alegre, lo importante que es vivir con lo esencial y abandonarse a la providencia del Padre.

8. El fundamento de las diversas iniciativas concretas que se llevarán a cabo durante esta Jornada será siempre la oración. No hay que olvidar que el Padre nuestro es la oración de los pobres. La petición del pan expresa la confianza en Dios sobre las necesidades básicas de nuestra vida. Todo lo que Jesús nos enseñó con esta oración manifiesta y recoge el grito de quien sufre a causa de la precariedad de la existencia y de la falta de lo necesario. A los discípulos que pedían a Jesús que les enseñara a orar, él les respondió con las palabras de los pobres que recurren al único Padre en el que todos se reconocen como hermanos. El Padre nuestro es una oración que se dice en plural: el pan que se pide es «nuestro», y esto implica comunión, preocupación y responsabilidad común. En esta oración todos reconocemos la necesidad de superar cualquier forma de egoísmo para entrar en la alegría de la mutua aceptación.

9. Pido a los hermanos obispos, a los sacerdotes, a los diáconos —que tienen por vocación la misión de ayudar a los pobres—, a las personas consagradas, a las asociaciones, a los movimientos y al amplio mundo del voluntariado que se comprometan para que con esta Jornada Mundial de los Pobres se establezca una tradición que sea una contribución concreta a la evangelización en el mundo contemporáneo.

Que esta nueva Jornada Mundial se convierta para nuestra conciencia creyente en un fuerte llamamiento, de modo que estemos cada vez más convencidos de que compartir con los pobres nos permite entender el Evangelio en su verdad más profunda. Los pobres no son un problema, sino un recurso al cual acudir para acoger y vivir la esencia del Evangelio.

Francisco
Vaticano, 13 de junio de 2017
Memoria de San Antonio de Padua

Algunas pistas para reflexionar

Nos encontramos con reflexiones fundamentales y ante cada una podemos hacernos algunas preguntas personales y comunitarias:

-La llamada a tender la mano a las personas que sufren pobreza desde el compromiso, nos invita a mirarlos a los ojos, abrazarlos, hacerles sentir el calor humano y romper su círculo de soledad. Del mismo modo es una llamada a salir de nuestras certezas y comodidades, y a reconocer el valor de la pobreza en sí misma.

.¿Nos animamos a salir al encuentro del pobre, (no sólo material), a mirarlo, abrazarlo y socorrerlo o muchas veces nos molesta y tratamos de evitarlo?

.¿Somos conscientes que el mundo de la pobreza y del sufrimiento nos provoca a salir de nuestras comodidades y asociarnos a tantos hermanos y hermanas que pelean la vida a diario? ¿Qué caridad nos pide nuestro carisma?

-El mundo de la pobreza nos desafía todos los días con caras marcadas por el dolor, la marginación, la opresión, la violencia, la tortura, la cárcel, la guerra, la privación de la libertad y la dignidad, por la ignorancia y el analfabetismo, por la emergencia sanitaria y la falta de trabajo, el tráfico de personas y la esclavitud, el exilio y la miseria, por la migración forzada. La pobreza tiene rostros de hombres, mujeres y niños explotados por viles intereses, pisoteados por la lógica perversa del poder y el dinero.

.¿Cuáles son las situaciones de pobreza que encontramos a nuestro alrededor?

.¿Nos cuestionan, nos invitan a salir?

.¿Somos creativos en las formas para llegar a los necesitados y ayudarlos en su situación concreta?

-Reconocer nuestro acercamiento a la cultura del descarte y el derroche.

.Somos débiles y frágiles. Muchas veces podemos asociarnos a la cultura del descarte cuando juzgamos y consideramos a los demás no aptos, que no están a la altura de nuestras expectativas, que son culpables de la situación que viven. La cultura del descarte comienza en nuestro juicio. Es un indicador infalible.

.El derroche no siempre es real y concreto. Muchas veces pasa por el deseo de lo que quisiéramos o el modo en que nos comportamos, pensamos y sentimos, poniendo en lo superfluo el corazón, distantes de los que sufren necesidad.

-Llamado a compartir y al compromiso.

.¿Qué pasos podemos seguir dando? En nuestro entorno ¿A quién podemos invitar a nuestra mesa, compartirle nuestros bienes, socorrer desde el amor fraterno?



Segunda Parte

El testimonio y la vida que nos anima a lo largo de la historia.

Vidas y pinceladas pastorales

El testimonio es la palabra viva más fiel de nuestro seguimiento. Los testigos son aquellos que gracias a su fidelidad, han impreso en sus vidas una experiencia única y salvadora que los ha orientado desde el corazón de Cristo hacia los hermanos. Nuestro cristianismo más original está enraizado en el testimonio. Gracias a estos hermanos y hermanas que se han dejado tocar profundamente por la persona de Jesús, nosotros hoy recibimos un tesoro por el cual nos sentimos parte de la comunidad de creyentes y seguidores a lo largo del tiempo. Estamos invitados a mantener encendida esta llama.

La vida de la beata Ana María también es luz, brújula y experiencia de Dios y de estilo de servicio para muchos hermanos y hermanas a lo largo del camino.

En esta segunda parte compartimos esta riqueza: un tejido de diferentes voces, formas de nombrar y colores particulares que, desde lugares e historias únicas van forjando vida siguiendo las huellas de la madre Janer.

Les agradecemos profundamente su compartir.



Va conmigo

Estoy segura de que a lo largo de los años todos os habréis enfrentado a preguntas difíciles. No me refiero a las preguntas de los exámenes finales de la carrera o de oposiciones. Me refiero a las preguntas difíciles de verdad, a las que cuestan de contestar no por falta de conocimiento o de experiencia, sino porqué implican expresar lo que se siente, lo que se tiene dentro.

Este pequeño texto tiene como objetivo responder a una de estas difíciles preguntas: ¿quién es Anna Maria Janer para mí? Y, entendedme, antes de responder me veo en el brete de planteármelo a mí misma para poder explicarlo.

A través del conocimiento sería fácil: fue una mujer nacida en el año 1800 en Cervera (Catalunya), hija de Josep y Magina y hermana de tres chicas y un chico... Pero ¿qué os aportaría haciéndolo?

También podría centrarme en la experiencia y hablar de las muchas Hermanas de la Sagrada Familia de Urgell que me han enseñado como se vive entregándolo todo al servicio de los demás y de la congregación o de los laicos que, a cada paso, demuestran su compromiso con la familia janeriana y el carisma de la Madre Janer. Pero también me estaría dejando algo...

Algunos pensaréis, quizás, que sería útil valerme de algún recurso fácil como explicar que para mí es un ídolo o un ejemplo, pero tengo la sensación que lo primero me serviría mejor para cantantes o actores famosos y, lo segundo, para cualquier persona de buen corazón de la que tenga noticia.

Sin embargo, la Madre no es mi ídolo, ni sólo un ejemplo; para mí es más bien una compañera de viaje. Una mujer que, a través de sus palabras y sus acciones, se convierte en una mediación para llegar a Él. Para mí, la Madre Janer es un valiente testimonio del AMOR, la bondad, la solidaridad y la esperanza del SERVICIO y creo que conocer su carisma nos empuja a imitarla, no como quien recita sin pensar cualquier canción de su artista favorito, sino a través de la reflexión y la donación personal al otro.

Podría quedarme en decir que es una luz al final del camino, una ventana abierta; pero es que además de mostrarnos la senda, ella la camina a nuestro lado.

Anna Maria Janer no se queda al final de la ruta esperando sino que, como hizo durante toda su vida, se calza las botas y sale a andar con nosotros, tanto si el tramo del camino es cuesta abajo, como si se convierte en una empinada rampa; tanto si brilla la luz del sol,

como si reina la negra noche; tanto si rebosamos energía, como si nos quedamos sin. Nos acompaña, nos ilumina, nos guía, nos anima: anda con nosotros.

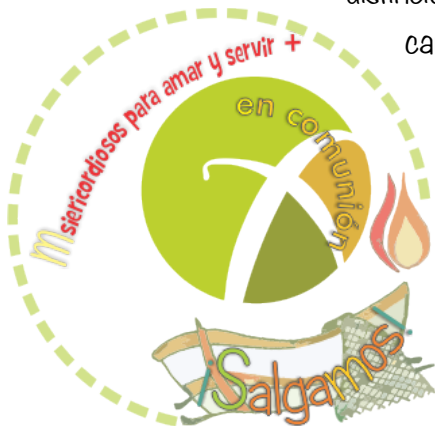
Núria Nieto Montserrat, Laica Janeriana, Viladecans



A lo largo de toda la vida de la sierva de Dios encontramos pruebas de su amor incondicional e irresistible al prójimo, el mismo amor con el que ella se siente amada por Dios:

-Amará como ella es amada por Dios en los enfermos apestados y desahuciados en los hospitales de Cervera y de La Seu d' Urgell.

-Amará como ella es amada por Dios a los combatientes moribundos liberales o carlistas, sin distinción de bandos, de la primera guerra carlista en los hospitales de campaña de Berguedá y del Solsonés.



-Amará como ella es amada por Dios a los huérfanos, jóvenes incapacitados y ancianos albergados en la Casa de Misericordia de Cervera y en el Asilo de Sant Anderu de Palomar.

-Amará como ella es amada por Dios a las niñas de los pueblecitos de la diócesis de Urgel a las que procurará una buena educación.

-Amará como ella es amada por Dios a sus hermanas a lo largo de toda su vida religiosa, a pesar del olvido, siendo para ellas amiga, compañera y Madre. Positio Super Virtutibus CII

...AMJ...

Tu santidad Ana María: es camino que nos lleva hacia Dios

Cada vez que pensamos en Ti, Madre, cada vez que nos asomamos a tu corazón descubrimos una presencia que sin duda nos acerca a Dios, digámoslo mejor aún: eres presencia de Dios en medio nuestro... porque con tu manera de vivir, con la actualidad de tu experiencia de servicio, nos acercas a Aquel que se hizo cercano, nos acercas a Aquel que se conmovió por cada uno de sus hermanos...

Quisiera preguntarte querida Madre: ¿qué te distinguía entre los demás?, ¿cómo sabían los que te rodeaban que eras una elegida de Dios?... ¿Podemos esbozar algunas líneas de esa presencia que te llenaba y se transmitía en tus acciones?

Solo pienso en la respuesta que encontré hace muchos años en una de tus biografías... dice: **"Ana María joven, como Sor Mariana religiosa, no se distingue por aletazos místicos. No bajará para ella el águila de Juan, ni su campo de Marte por la mayor gloria de Dios será un Patmos aislado. Su mística estará en cumplir bien su ascesis apostólica. Ella es alma apóstol entre la muchedumbre de los hermanos hombres concretos, próximos, asequibles. Cuando saldrá a la vera del camino de la fluencia humana miserable, llevará en el enfaldo de su hábito humilde la alcuza del aceite y el botijo del vino del buen samaritano. Será el samaritano de la humano - divina Caridad."** Miguel Melendres, Una monja y un siglo, 1960, Pág. 254

Eres hija, Ana María, tu experiencia de Hija de Dios, gracia que desde el bautismo se hizo plena en tu corazón, por eso eres mujer fraterna, cercana, atenta, dedicada a las cosas sagradas, mujer entregada al servicio de todos, te distingue la caridad, la amplitud de miras, el desafío de servir hasta dar la vida, la cotidianeidad de tu generoso corazón puesto al servicio de los más necesitados...sin duda, la tuya es la mística del servicio. Y algo más, **"además será Zaqueo. Si no con las alas de águila, con pies y manos de buena voluntad hará escalera de su vida en servicio. Pero será un Zaqueo con matiz especial. Porque no se encaramará sólo para mirar al Dios que pasa entre los hombres, y en los**

hombres, sino por ver de adivinar en Él al Dios que reina y espera entre los ángeles.” Miguel Melendres, 254

Quienes queremos seguir tus pasos, inspirados en el modelo de vida del Señor, debemos integrar a nuestra vida las experiencias tan significativas que vivieron los que se acercaron a Él: el ejemplo del buen Samaritano... el ejemplo de Zaqueo...uno se abaja para servir al hermano caído, el otro se eleva para reconocer a Jesús, uno se conmueve por las heridas, por la vida que corre peligro; el otro se reconoce a sí mismo como elegido por Aquel que le llama por el nombre y se invita a compartir la cena en su casa: los dos son hermanos entre sí, hijos del mismo Padre: Samaritano y Zaqueo. Eres ambos, Ana María, has conectado en tu vida estas dos bellas estampas del evangelio: atiendes a los heridos no sin antes reconocerte llamada en la mirada del Señor, curas a tus hermanos, porque te sabes amada de Dios, sales al encuentro porque tienes experiencia de ser “encontrada”, acompañas a tus hermanos, porque te sabes acompañada por el Señor...atiendes a todos en comunión porque te sabes reconciliada...Ana María, amada Beata Madre Ana María, eres sin duda presencia de Dios entre nosotros, tu santidad de Vida es camino que nos lleva hacia Dios...solo nos queda implorar: “Ven Espíritu divino... renueva todo, danos tu luz”. Queremos dejarnos mirar como Zaqueo, abajarnos para atender a los hermanos del camino como el Samaritano... e implorar la gracia de Dios para seguir tras tus pasos, para imitar la entrega de Jesús y rehacer en este momento de la historia las páginas que escribieron Zaqueo y el Samaritano: hasta alcanzar todos juntos la Patria celestial.

Ileana Muñoz, sfu

... *AMJ* ...



No seré del mundo.

Mis fuerzas, mi bienestar,
mi vida toda sacrificaré al servicio de mi Dios en la persona de los pobrecitos enfermos,
de los desvalidos, de la niñez . Y si conviene procurarles los alivios corporales,
cuidaré de ella como una madre cariñosa.

Extracto del Proyecto de vida de Ana María Janer

Mi testimonio sobre Ana María Janer Anglarill (1800-1885)

Si hubiese tenido la suerte de haber conocido a Ana María Janer; si, hace alrededor de 150 años hubiese experimentado el amor de Dios hasta el punto de no poder sino seguirle, sin duda me hubiese acercado a la sombra de aquella mujer, cautivada por la belleza de su alma. Si así hubiera sido, y ahora me pidieran que escribiese sobre alguien, diría sin dudarle (parafraseando a D. Francisco Roca, párroco de Gerri de la Sal - Lérida) que... "¡io por ella - y por quien haya impreso en su corazón sus rasgos... -, o por nadie!"

Puesto que nací mucho tiempo después, he de escribir de oídas; y, aunque nadie me lo ha pedido, no me resisto a hacerlo ante el próximo aniversario de su paso a la eternidad, hace ahora 118 años:

El día 11 de enero de 1885, nuestra madre fundadora moría sobre un jergón, en el pavimento de una habitación - tal vez fría - de la casa de Talarn, por desear asemejarse un poquito más a Jesús mientras sus hermanas, profundamente conmovidas, la acompañaban en su personal y definitivo Vía crucis: pobre, despojada de sí, confiadamente entregada al Amor.

Digo: si hubiese tenido la suerte, que es Gracia, de haber conocido a Ana Ma^a Janer, sin duda me hubiese impactado la belleza de su alma; y, de la misma manera que muchos años después, por medio de una hija suya - cuya simpatía y acogida me llevaron entonces a desear ser como ella - llegué a formar parte de la comunidad de hermanas que Ana María fundó, de igual modo, incluso con mayor entusiasmo la hubiese seguido sin titubeos, convencida de reflejar fielmente la imagen de mi Señor, a quien con toda seguridad hubiese deseado seguir, tal como ahora deseo y, torpemente, sigo.

Los testimonios recogidos en el libro de su primera biógrafa, M. Josefa Oriol Isern, reflejan buena parte de su belleza. El mío se ajusta a una experiencia de pocos años, iluminado por el testimonio vital de hijas suyas que se han dejado moldear por Jesús y son fiel imagen de tan preciosa madre.

- Es Ana María una mujer enamorada; una mujer que, herida por Amor, quiere hacer de su vida una entrega plena a su Señor. Una mujer que, en medio de la inestabilidad social y política de su tiempo, lo que la lleva a situaciones delicadas e incluso arriesgadas, sabe mantener un talante sereno y firme, profundamente bondadoso y fiel a la voluntad de Dios, manifestada en la Palabra orada, discernida, vivida... y en los acontecimientos de cada día.
- Es Ana María una mujer apasionada por el único interés de su Dios: sus hijos y hermanos; y, como Jesús, se fija en los más necesitados: niños sin hogar ni educación, jóvenes deseosos de orientación, ancianos desasistidos, enfermos, malheridos ... Su mirada amorosa convierte en hijo y hermano a todo ser humano necesitado de un poquito de ternura y

cuidados. Y los trata como lo que es: una madre; una madre toda corazón, llena de entrañas de misericordia.

- Es Ana María una mujer consciente del don recibido: no sólo amar apasionadamente a Dios y a sus hijos y hermanos, sino impulsada a responder a quien le pide (el mismo Jesús) abrir una nueva senda en su Iglesia. Y, sin vacilaciones, acepta la misión y emprende el camino... ¡Y acontece la nueva familia! Porque no camina en solitario, no. Acompañada de hermanas, a las que ama entrañablemente y de las que se preocupa con particular ternura, inicia la nueva comunidad del Reino: Madre y maestra; madre y servidora; madre y fiel hija de la Iglesia.

Acerquémonos a la sombra de esta preciosa mujer, nuestra madre fundadora, con el deseo de llevar en nuestros cuerpos su impronta, que tanto se asemeja a la de nuestro Señor Jesucristo.

Con el testimonio de su vida, nos dice claramente que es posible amar hasta el extremo y sin grandes esfuerzos; que cuando se ama, no se mide el coste, porque no lo hay; que, aunque en años somos "millonarias"..., el corazón puede ser eternamente joven si no cesamos de amar con renovada ilusión al despertar cada mañana.

Y nos alienta con palabras de vida e impulso del Espíritu, y nos dice que está con nosotras y nos sostiene para continuar la obra que comenzó: amar, amar y amar a los hijos e hijas de Dios en las circunstancias que se vayan presentando; ofrecerles una sonrisa, un poco de calor, un corazón esponjado y una puerta siempre abierta, una caricia cálida y una palabra amable: Gotitas de agua viva, hilitos de verdadera luz.

Carmen Capilla Roncero. sfu

Madrid 2003



Siempre y en todo

Con relación a la Beata Madre Ana María Janer

Mi hermana Susana María ingresó a las Hermanas de la Sagrada Familia de Urgel en diciembre de 1967. A partir de allí yo tuve un relativo acercamiento a la figura de la Madre fundadora de la Congregación, la Madre Ana María Janer.

Con el correr del tiempo tuve acceso a una biografía de la Madre, escrita por un padre jesuita, y que llevaba por título "Humanísima". Me gustó mucho y me ayudó a conocer un poco más la vida y la obra de Madre Janer y "asomarme" a su vivencia interior. El título de "Humanísima" me pareció muy conveniente porque mostraba a una mujer totalmente dedicada a Dios y que había realizado también en plenitud su condición de mujer.

En el año 2000 la Congregación me ofreció la posibilidad de hacer la "ruta janeriana". En el noviciado en Villa Allende, provincia de Córdoba en Argentina, la comunidad había hecho también en distintos lugares de los jardines una "ruta janeriana". Como yo había estado algunas veces visitando el noviciado empecé allí a ponerme en sintonía con la "ruta". Pero cuando estuve en España pude recorrerla de veras y me dejó una fuerte impresión y un grande provecho. Recuerdo que sobre todo en Talarn me detuve a reflexionar largamente acerca del testimonio de humildad de la Madre Ana María y redescubría cómo el silencio y la ofrenda son fecundos en los planes de Dios, aunque humanamente nos resulten un tanto extraños o desconcertantes.

La experiencia más rica fue la de la participación en la beatificación de la Madre en Seo de Urgel. Fue para mí una gracia muy especial. Me impresionó el clima de fiesta en una Iglesia local que se extendía a todas las Iglesias vecinas. La celebración fue muy linda y tuvo luego como corolario una profesión de algunas hermanas al día siguiente en Cervera.

En el clima de la beatificación me impresionó sobre todo la dedicación total de Madre Ana María a Dios, ese "estimar-te i servirte sempre i en tot", me llenó el corazón. Y junto a ello descubrir a la Madre en el ejercicio de una caridad heroica en los "hospitales de sangre" en las guerras carlistas y su disposición para con los pequeños y los huérfanos: "seré para ellos una madre cariñosa".

A la intercesión de la Madre le he confiado cosas importantes en mi ministerio episcopal. Desde el día de su beatificación le rezo todos los días su oración. Tengo su estampa en mi Liturgia de las Horas y estoy convencido que cuento también con su cuidado de "madre cariñosa" y que me acompaña y me ayuda en las alegrías y en las fatigas de mi episcopado. Rezo por su pronta canonización a fin de que toda la Iglesia la tenga como especial modelo de fidelidad. Me encanta aquello que el Señor seguramente le dijo y que es también un estímulo para nuestra fidelidad esperanzada: "entra porque tu lámpara siempre ardió..."

+ Carlos José Nández
Arzobispo de Córdoba

Anna Maria Janer: una madre llena de misericordia

¿Quién es para mí Anna María Janer? Anna María es una mujer santa, fundadora del Instituto de Hermanas de la Sagrada Familia de Urgell, nacida en Cataluña.

¿Y quién soy yo? Una mujer nacida en el sur de Polonia que busca un camino de felicidad que dé sentido a su vida.

El día 11 de enero de 1993 a las 17 hs. en la estación de autocares de Varsovia iniciaba una nueva etapa de mi vida. Con Anna María nos conocimos en abril del 1992: sí, lo puedo afirmar con certeza, nos conocimos. Y todo gracias a la madre Rosa Carrera que en una de sus cartas me envió una pequeña estampa con una sencilla oración. Cuando miré el rostro de Anna María y su mirada penetrante y serena comprendí que ya no estaba sola, encontré una Madre, una Amiga y una Hermana. Se escribieron libros sobre su vida santa y ejemplar. Durante todo el tiempo de formación, a mi manera polaca, intenté impregnarme de su ejemplo, puse todas mis fuerzas para aprender su idioma, el catalán, pero lo que más me cautivó era su compañía silenciosa y llena de misericordia y paciencia.

Nunca olvidaré sus máximas, la Casa de Formación estaba llena de sus consejos. Me desbordaba tanta bondad de la Madre Anna María. El ejemplo de muchas hermanas me daba fuerza para superar la añoranza de mi querida Polonia. Cada vez que íbamos a la Seo de Urgell sentía de manera especial la presencia llena de ternura y escucha de Anna María, de una mujer firme pero llena de tanto Amor a Jesús presente en de cada persona.

Cuando estoy con Ella, desaparecen las barreras culturales, me siento de aquí. Anna María está llena del Amor Universal. Todas somos sus hijas y sus hermanas en Jesús. Cuando me preparaba para dar el paso definitivo de mi "sí" meditaba cada uno de sus consejos y me quedé con su AMOROSA ACOGIDA. ESTE DESEO TAN BELLO Y, A MENUDO DIFÍCIL: ACOGER AL OTRO TAL COMO ES MI PROGRAMA DE VIDA. QUIERO SER COMO ELLA, ACOGEDORA Y MISERICORDIOSA PARA LOS DEMÀS, y desde mi pequeñez, con la GRACIA DE DIOS, amar y servir. Quiero ser una madre cariñosa para mis alumnos, para todos los que Dios pone y pondrá en mi camino.

Soy consciente que todavía estoy muy lejos de este ideal, pero con Anna María será mucho más fácil llevarlo a cabo en mi día a día. Actualmente el Señor me regaló una preciosa misión, la de acoger y acompañar, durante unas horas lectivas, a alumnos que llegan a España, a Cataluña, des de diferentes lugares del mundo. Conmigo aprenden a relacionarse en catalán, aprenden a valorar una nueva cultura, nuevo idioma. Aprenden y me enseñan, reciben y regalan, y entre todos formamos una pequeña comunidad de personas extranjeras que han encontrado un nuevo hogar. En nuestros Centros se respira el "tarannà" de Anna María, se respira el espíritu de UNA MADRE LLENA DE MISERICORDIA.

EL LEMA DEL PRÓXIMO AÑO SERÁ MUY JANERIANO; "MISERICORDIOSOS PARA AMAR Y SERVIR MÁS, EN COMUNIÓN" SALGAMOS. NOS ESPERA UNA NUEVA MISIÓN, UN PASO MÁS PARA HACER PRESENTE EL PROGRAMA DE VIDA DE ANNA MARÍA JANER. Siempre unida en la oración y en la misión, vuestra hermana.

Judyta Wisniewska (Judith), sfu



*Pinceladas de su vida entre
nosotros
hoy*

Me enamoré de ella



Me va a costar mucho definir qué es para mí Ana María; pues me enamoré de ella cuando tenía nueve o diez años. Empecé en el colegio de Lérida en el año del centenario 1959.

Las hermanas nos presentaron a Ana María y nos dieron unos libritos azules, apaisados con dibujos en blanco y negro; todavía los he visto en Guinea. Yo leí muchas veces aquel librito y vi que Dios me llamaba a seguir su camino.

Yo quería ser como ella, y sin titubeos en segundo de bachillerato la hermana Carmelita García, que nos daba ciencias sociales y no recuerdo que otra asignatura, después de hacernos la exhortación en la que nos hablaba de Ana María, nos preguntó quién quería ser religiosa, yo me levanté y dije: ¡Yo seré religiosa!

Ana María es para mí mi consejera, mi amiga, es como una madre. Yo le hablo como le hablo a otra persona y le digo las cosas a veces exigiéndole que ella las arregle; cuando las ha arreglado también le doy las gracias. La verdad veo que es mi intercesora.

Después de la Sagrada Familia, ella es a quien más quiero. Me gustaría que todas viviéramos este amor de hijas con nuestra Madre.

Carmen San Martín, sfu

La Iglesia alaba la fidelidad al carisma fundacional de las Hermanas de la Sagrada Familia de Urgell. Con el ejemplo y la intercesión eficaz de su Fundadora, continúan este abrazo de caridad con una dedicación sin fronteras y con un amor incondicional al prójimo indigente. Afrontan con valentía y creatividad las nuevas pobrezas, que hoy están presentes, en nuestra querida Europa, en las familias desestructuradas, en la emigración creciente, en la falta del sentido trascendente de la vida, en el pesimismo estéril que apaga el entusiasmo de los jóvenes por su futuro.

Su actitud de caridad creativa y de servicio produce respuestas concretas y positivas de asistencia a los enfermos y a los ancianos, de educación humana y religiosa de la infancia, de promoción de la familia humana, abierta a la acogida y al cuidado de los hijos.

De esta manera, fieles a su santa Fundadora, la Congregación participa activamente en la misión evangelizadora de la Iglesia, con un gran sentido de eclesialidad, resumida en su expresión tan repetida: «Amamos a la Iglesia más que a nuestra vida».

Homilía Cardenal Amato

8 de octubre de 2011

Beatificación Ana María Janer

Ana Maria vivió el tiempo de Dios

Suena el despertador. Tienes unos segundos para dejarte llevar por el cansancio o por el «me apetece». Seguir con la rutina o quedarte tan ricamente bajo calor el de las sábanas. Esta vez, como otras tantas, gana la responsabilidad y sin querer te introduce en la vorágine del día a día. El tiempo -y no la política, ni tan si quiera la publicad- marca nuestra vida. Allí en la lista de “lo pendiente”, se van apilando tantas cosas por hacer, que algún día haremos, cuando “se pare el tiempo” o el reloj de nuestro momento se ponga en marcha.

Hace poco, me llegó a través de las redes, un audiovisual donde personajes, como el extraordinario Da Vinci o el ingenioso Einstein, también tuvieron 24 horas como yo y como el resto de los humanos. Al proponerme escribir unas líneas y dejar que la persona, la vocación y misión de Anna María Janer recorriera mis sentidos, me sentí atrapada por cómo vivió y cómo organizó su tiempo.

Como es sabido, el tiempo de Anna María era el tiempo de Dios. Cuánto nos cuesta comprender que “todo tiene su tiempo” como reza sabiamente el Eclesiastés. Me sorprende que Anna María tuviera tiempo para todo. Hoy como mujer, madre y maestra, quiero matricularme en la escuela de Anna María. Allí aprendería algunas de las cualidades que hoy quiero destacar de ella.

*Mujer a la intemperie

Como Abraham, Anna María no acumula seguridades y está al abrigo de lo que Dios le depare. Es sin duda una mujer de fe. Se reconoce frágil frente a las adversidades, cuando es necesario, seguir adelante y confiar.

*Mujer a la escucha

Anna María, desconoce en muchos momentos de su historia qué será de ella, de la misión...Pero en su búsqueda incansable por descubrir qué tiempo es el de Dios, ella se pone a la escucha...y, aun en medio de la noche, de la tormenta, a imitación del profeta, permanecer será la clave.

*Mujer paciente

Parece que el tiempo va en su contra... pero ella es paciente. En medio de las dificultades, fruto del momento histórico y personal, sabe esperar. Y en el sinsentido, frente a las incomprensiones, Anna María reza y entona al igual que Ana, un canto de gratitud a su Señor.

Sin duda, nos queda un largo camino que recorrer. Otro día y suena de nuevo el despertador...Es la hora de Dios. ¿Te levantas?

Carolina Bassi Calderón
Profesora de Religión Secundaria - Col·legi Mare Janer (Sta. Coloma, Andorra)